

INTERCAMBIO EPISTOLAR ENTRE LOS  
ACADÉMICOS Dres. EMILIO JULIO HARDOY  
Y ALBERTO ANTONIO SPOTA

Buenos Aires, 17 de agosto de 1987

Señor Académico  
Doctor Alberto Spota.  
Presente

Distinguido colega y amigo:

Con verdadero deleite intelectual escuché su conferencia en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Corresponde destacar además de la precisión y claridad de la exposición, su notable elegancia y el valor moral que supone emitir opiniones categóricas y polémicas sobre un tema tan conflictivo y actual como el que usted eligió. Por todo ello me atrevo a felicitarlo efusivamente invocando la única superioridad que ostento sobre usted que es la de mi mayor edad.

He estimado que debía someterle las siguientes reflexiones sobre lo que usted sostiene y pedirle respetuosamente que en adelante las tenga en cuenta para juzgar la evolución política y social de nuestro país a partir de Esteban Echeverría, el patrono del sillón que usted tan dignamente ocupa.

Comienzo por admitir que muchas veces, con lamentable reiteración, en "la tierra de los argentinos" nos hemos dividido por motivos políticos pero aquí apunto una disidencia que creo fundamental, pues considero que la división no llegó a significar que "la parte supera al todo" y que contara más ser unitario, federal, mitrista, roquista, radical, conservador, peronista o antiperonista que ser argentino. He vivido intensamente la política del país en

los últimos 60 años y en ciertos períodos formé en la oposición, fuera del poder, tanto del radicalismo como del peronismo y puedo asegurarle que nunca las banderías partidarias llegaron a borrar el vínculo de la nacionalidad. Solamente durante las rebeliones los enfrentamientos cobraron real gravedad y cabe acotar, además, que ellas fueron más breves y menos crueles que en otros grandes países. La disputa política entre nosotros, al menos en los últimos 60 años, siempre tuvo mucho de deportiva y luego de las peores elecciones volvía la calma y se restablecía la convivencia. Le digo esto por mi experiencia personal pues época hubo en que fui caudillo municipal en la provincia de Buenos Aires.

Es verdad que la intolerancia se intensificó en ciertos momentos de la vida nacional pero no fue tanto consecuencia de nuestra idiosincrasia como del choque de ideologías incompatibles. Esto se advierte en el caso de unitarios y federales en el que más que una discrepancia sobre la forma de la organización nacional lo que subyacía era el choque entre la prolongación del pasado colonial y el advenimiento del liberalismo y las instituciones. El conflicto entre porteños y provincianos reviste parecido sociológico con el de norteamericanos y sudistas en los Estados Unidos, hasta que el fenómeno de la inmigración provee una especie de síntesis hegeliana y el problema queda resuelto por "la naturaleza de las cosas". El enfrentamiento entre radicales y conservadores tal como lo alcancé a vivir antes y después de la segunda presidencia de Yrigoyen, en mi opinión no tuvo la trascendencia que usted le asigna, aparte de que hay aspectos significativos de la revolución del 6 de septiembre de 1930 que es menester considerar.

Por lo pronto hay que señalar que la conspiración que engendra la revolución y la revolución misma fueron puramente militares y estuvieron impregnadas por el fascismo exportado por Benito Mussolini. Los partidos conservadores se enteraron del estallido un día antes de que se produjera, aunque es verdad que heredaron el poder que se había conquistado por la fuerza. Con muy poca fuerza, dicho sea de paso, tan ridículamente poca que es obligado reconocer que más se cayó que fue volteado el gobierno de Yrigoyen. Los diarios de la época reflejan un consenso generalizado al respecto.

Hecha esta aclaración agregó que me parece que usted juzga sin suficiente ecuanimidad el período que va de 1930 a 1943. Durante su transcurso se realizó una obra de gobierno verdaderamente épica, ya que se venció la crisis económica más terrible padecida por la humanidad, se repartieron las cargas con equidad, se dictó una legislación social progresista y finalmente se ubicó al país en el sexto o el séptimo lugar en la escala de los más prósperos del mundo. La culpa, la gran culpa de los protagonistas del período fue no haber transferido el poder cuando éste se había marchitado en sus manos, aunque en mi caso personal puedo exhibir un atenuante porque alguna gestión hice antes de 1943 en favor de una elección libre, como lo recordé al ingresar a la Academia. La Constitución no se tocó y el principio de la soberanía popular si bien violado en el hecho fue mantenido en el derecho, lo que tiene incuestionable relevancia. No está demás recordar que el propio Marcelo T. de Alvear justificó implícitamente la revolución del 6 de septiembre, que por mi parte creo que hubiera sido mejor que no hubiera ocurrido, al decir en un reportaje en París que más le habría valido a Yrigoyen haber muerto antes de su segunda presidencia (“Gobernar no es pagar...”, etc.).

Creo que usted incurre en error cuando explica el ejercicio abusivo del poder a partir de 1946, como una explosión por “los dolores y las agresiones” sufridas por la ciudadanía durante el fraude conservador. Y le digo esto porque el peronismo alimentó sus huestes de conservadores de modo que los que ejercieron abusivamente el poder después de 1946, no fueron los que habían sufrido “los dolores y las agresiones” que usted invoca.

Tampoco concuerdo con usted sobre las consecuencias que tuvo para la política interna la política exterior seguida por Yrigoyen durante la primera guerra mundial y por Ramón Castillo durante la segunda, pues sus efectos se sintieron en aspectos económicos e internacionales y no dividieron profundamente a los argentinos, pues radicales y conservadores en su inmensa mayoría fueron partidarios de las potencias democráticas en los dos conflictos.

Lo ocurrido a partir de 1946 confirma que fue la ideología más que el temperamento lo que trajo que en “la tierra de los argentinos” y aun sólo ocasional y relativamente,

“la parte supere al todo”. Era muy difícil, por no decir imposible, una convivencia normal entre partidarios de una concepción autoritaria del poder impregnada por el fascismo, y defensores de una concepción liberal de la política y la sociedad. Este ingrediente ideológico debe ser valorado como corresponde para entender los enfrentamientos habidos en nuestra historia, sin olvidar que como decía Grousac refiriéndose al reto con que las ideas llegaban hasta nosotros, “el sol en Buenos Aires sale cinco años después que en París”.

Como no asigno la trascendencia que usted les atribuye a nuestras pasadas y actuales divisiones, tampoco creo que los males que usted recuerda provengan de que seamos una nación en formación, todavía no acabada de construir y asentar. Basta recordar la evolución de las grandes democracias europeas para descubrir cuánto mayores y más violentas fueron las vicisitudes que éstas padecieron. Así en Francia desde fines del siglo XVIII hubieron: monárquicos, republicanos, legitimistas, orleanistas, bonapartistas, “communards”, “dreyfusistas” y sus contrarios, “boulangistas” y sus contrarios, radicales, socialistas, masones y católicos, comunistas, el colosal desorden del “Front populaire”, el gobierno de Vichy, la “resistencia” y el cesarismo del general de Gaulle, el asalto de “la imaginación al poder” conducido por Sartre, y la actual república con sus duros enfrentamientos. Y a pesar de lo expuesto nadie puede pensar que Francia sea una nación “en formación”. Omito para no alargar esta carta la mención de lo pasado en Italia, Alemania y, por supuesto, en España, que confirma mi opinión.

Considero que si entre los argentinos se afirmara la concepción liberal que inspira a la Constitución Nacional, habría una base sólida y permanente para organizar la convivencia. Opino esto porque estoy convencido de que si ello sucediera la evolución política y social podría discurrir pacíficamente en adelante. En consecuencia pienso con relación a la tensión cívica-militar actual, que ésta carecerá de gravedad si en el primero de los términos de esta ecuación no prevalece un ingrediente marxista y en el último uno totalitario.

La Nación Argentina tiene una gran historia y, por lo tanto, un gran destino. Recatadamente, porque de nin-

gún modo pretendo ponerme a la altura de Joaquín V. González, le declaro que creo me es aplicable lo que éste dijo de sí mismo, acerca de que “a mí no me ha vencido nadie”, porque creo en la fuerza del ideal para resolver las grandes cuestiones en “la tierra de los argentinos”.

Lo saluda con respeto y afecto.

EMILIO JULIO HARDOY

Buenos Aires, 11 de septiembre de 1987

Señor doctor Emilio Julio Hardoy  
Presente

Muy distinguido colega y amigo:

Gracias por su carta del 17 de agosto con relación a los temas de mi exposición al tiempo de mi ingreso a nuestra común Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

Leí con mucha detención su carta.

Creo que, y sea dicho ello con el mayor de los apre-  
cios y respeto hacia usted, el análisis de nuestras disputas  
políticas transita por problemas de fondo, que hacen que  
esas luchas tengan muy poco de deportivas.

En cambio, sí mucho de pretensión agresiva de prima-  
cía de lo propio sobre lo ajeno.

A todo lo expuesto en mi exposición, quiero agregar  
que quizá una de las características más típicas de nuestra  
vida política, a más de la privanza de la parte sobre el todo,  
radica en una muy especial forma de ser del hombre argen-  
tino.

Me refiero a que el hombre argentino que se considera  
dirigente, está caracterizado permanentemente por una vo-  
cación notable y más allá de lo presumible hacia la soberbia.

Nuestros dirigentes políticos, si no todos, casi todos,  
con algunas muy pocas excepciones, han transitado per-  
manentemente por una vocación bien destacada hacia el  
pecado de soberbia.

Nuestros hombres políticos se han considerado prácticamente siempre los dueños de la verdad, y por ello la primanza de la parte sobre el todo.

La soberbia en la vida política argentina, es una tipicidad permanente y definitoria. De allí la relación "gobierno-enemigo".

Sé que históricamente en todo el ámbito de la tierra, la política está muy vinculada con la soberbia; pero entre nosotros, es bien característica la condición y calidad preponderante de soberbia que nuestros dirigentes políticos han exhibido, y por qué no decirlo, también exhiben hoy.

Los más grandes errores y los más grandes enfrentamientos en la tierra de los argentinos, tienen detrás actitudes de soberbia impresionantes, de parte de sus dirigentes autores o protagonistas.

No faltará ocasión, estimado colega y amigo, de continuar con el tema, pero debo señalarle que no estoy tan de acuerdo con que detrás nuestro hay una muy grande historia. Hay una historia; pero llena de parcialidades y de soberbias. Pocas son las excepciones.

Reciba usted las expresiones de mi aprecio, de mi respeto y de mi afecto.

ALBERTO ANTONIO SPOTA